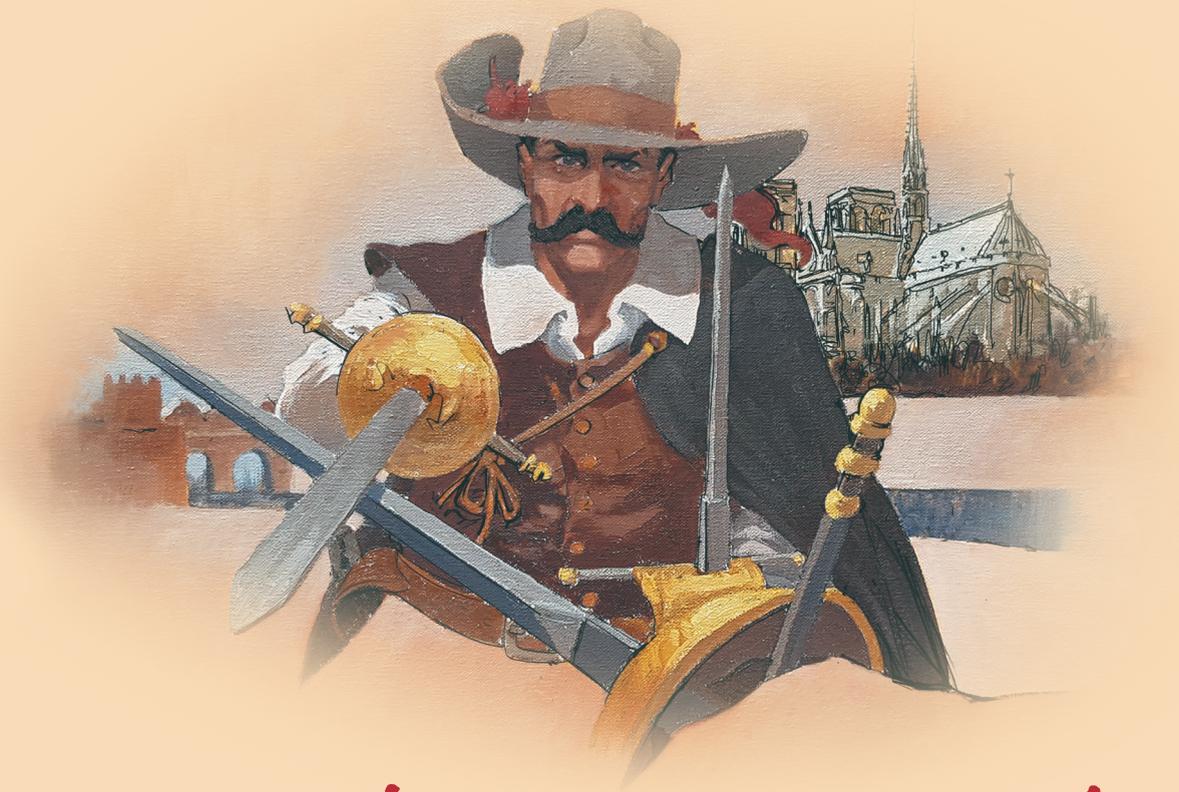


# VUELVE ALATRISTE



## MISIÓN EN PARÍS

ARTURO  
PÉREZ-REVERTE



@LucasGTorets: Mucho se ha hablado de la tardanza de George Martin en publicar *Vientos de invierno*, pero el que de verdad se está haciendo esperar es el octavo alatraste. Después de una década del último ya sería hora de ponerse a ello, ¿o no, estimado @perezreverte?

@perezreverte: Se hará lo que se pueda, cuando se pueda. Un abrazo.

@LF88771209: ¿Qué siente un autor cuando le piden que retome una obra que escribió hace más de diez años? ¿Presión o ganas de mandarla a por espárragos?

@perezreverte: Interés sobre la posibilidad, o no. Y en ese caso es posible.

@jharo1958: Me encantaría terminar la colección y leer los que faltan de *Alatraste*. ¿Me podría decir para cuándo? Gracias de antemano.

@perezreverte: No pierda la esperanza, querido amigo. Yo tampoco la pierdo.

@Esp1468: Buenos días, don Arturo. ¿*Alatraste* sigue adelante? Un saludo.

@perezreverte: Seguirá, si vivo lo suficiente para que siga.

@AAlejandroLIP: Cambiando de tercio... En las solapas de los libros del capitán Alatraste se dice que faltan los libros *La venganza de Alquézar* y *Misión en París* (¿puede haber "cameo" de los mosqueteros en esta historia?). No nos hará un George R. R. Martin y las publicará, ¿no?

@perezreverte: Todo llegará, si vivo hasta que llegue. Cameo incluido.

@latrisre: No se muera sin terminar las novelas de Alatraste... Años esperando.

@perezreverte: Si vivo lo suficiente, las verá terminadas.

@GarridoQuintin: Perdona, seguro que esto ya lo ha aclarado muchas veces. En Wikipedia pone (en la entrada de *Las aventuras del capitán Alatraste*): se prevé la publicación de dos libros más: *La venganza de Alquézar* y *Misión en París*. ¿Hay alguna posibilidad?

@perezreverte: Hay.

@Jose\_Talaveron: Don Arturo: ¿Perdemos la esperanza de nuevas aventuras del capitán Alatraste?

@perezreverte: No la pierda.

@amarelle76: ¿La saga de Alatraste la das por concluida? Le acabo de pasar a mi hija de 13 años la colección completa, Quevedo no es solo el cantante.

@perezreverte: No la doy por concluida. Dígaselo a su hija de mi parte, con un cariñoso saludo.

@Towelsen1: Llevo décadas leyéndole y escuchándole, señor Reverte, y conociendo el tipo de escritor que es usted, me temo que nos quedamos sin Alatraste. El siglo XVII le queda ya muy lejos. Sus inquietudes son ahora otras. Un afectuoso saludo.

@perezreverte: Un abrazo, hombre de poca fe.

@AnaquelesStitch: 396° aniversario del asesinato de George Villiers, duque de Buckingham. En cierta ocasión pidió «cuartel para su compañero» al caer en una emboscada cerca de la casa de las Siete Chimeneas... ¿Volverán un día a cruzarse sus pasos con los del capitán Alatraste de @perezreverte?

@perezreverte: Volverán.

# «El verdadero descendiente de Alexandre Dumas es Arturo Pérez-Reverte».

CLAUDE SCHOPP, biógrafo de Dumas



## AHORA SÍ, VUELVE ALATRISTE

Por fin, veintiocho años y diez meses después de la publicación de la primera novela de la serie, *El capitán Alatraste*, y trece años y once meses después de la séptima y hasta ahora última novela, *El puente de los Asesinos*, llega el esperado regreso de Diego Alatraste y Tenorio, a veces espadachín a sueldo y a veces soldado de infantería en la España del Siglo de Oro. Durante sus tres décadas de vida en librerías, en bibliotecas, en escuelas y en las estanterías de sus lectores, *Las aventuras del capitán Alatraste* se ha convertido en una de las series de novelas más exitosas escritas en español. Si los números ayudan a abarcar y explicar el fenómeno, se puede decir que se han vendido cinco millones de ejemplares solo en español y dos millones más en los veintiún idiomas a los que ha sido traducida. También puede recordarse que se ha adaptado al cine y a una miniserie de trece episodios, y que a raíz de ella se han creado juegos de rol y de mesa, versiones escolares con prólogos y actividades específicas, rutas teatralizadas por el Madrid de las novelas, libros de divulgación, figuritas en miniatura y un sello oficial de Correos. Además, se ha celebrado un congreso internacional sobre la saga



y hasta abrió un restaurante en la misma zona de la ciudad donde Caridad la Lebrijana tenía la taberna del Turco. Todo eso y varios detalles más nos pueden acercar un poco a lo que ha significado el mundo alatrastesco, pero lo más importante, como siempre, ha sido el propio interés de los lectores, que es el principal tesoro de un escritor, y que además ayuda a crear otros lectores. Los mensajes citados antes, que Arturo Pérez-Reverte lleva más de una década contestando en redes sociales, son una muestra de ello, y poca gente habrá que tenga todas las novelas en casa y no se las haya prestado o recomendado a amigos y conocidos, e incluso ya hay padres que las leyeron más jóvenes y ahora se las pasan a sus hijos y sobrinos, como a generaciones anteriores les ocurrió con Julio Verne, Emilio Salgari... o Alejandro Dumas, de quien volveremos a hablar en las páginas siguientes.

**Hay nuevo libro de Alatraste. No queda sino leerlo.**

A

EL AUTOR

ARTURO PÉREZ-REVERTE nació en Cartagena, España, en 1951. Fue reportero de guerra durante veintidós años y cubrió dieciocho conflictos armados para los diarios y la televisión. Con más de veintisiete millones de libros vendidos en todo el mundo, traducido a cuarenta idiomas, muchas de sus obras han sido llevadas al cine y la televisión. Hoy comparte su vida entre la literatura, el mar y la navegación. Es miembro de la Real Academia Española y de la Asociación de Escritores de Marina de Francia.



© Jcosm

A

## DECÍAMOS AYER... (1623-1627)

Casi treinta años han pasado desde la publicación de *El capitán Alatriste* en noviembre de 1996 hasta la de *Misión en París* en septiembre de 2025, pero en el tiempo interno de la serie, desde la primavera de 1623 hasta la Navidad de 1627 solo han pasado poco más de cuatro años en siete libros. Llenos de peripecias, eso sí. En ellos se narran las aventuras vividas por un soldado cuarentón de los tercios de infantería, Diego Alatriste, vistas por un muchacho, Íñigo Balboa, hijo de un compañero muerto, que a los doce años se va a vivir a Madrid con él desde su Oñate natal. Durante los años siguientes, ambos pasarán por Sevilla, Flandes, Italia y el Mediterráneo, a veces en servicio formal de armas, a veces contratados a título individual en calidad de hombres de hígados, y en otras ocasiones guardándose privadamente de caer en las redes equivocadas.

Cada libro, dentro de la misión planteada o la guerra a la que hay que sobrevivir, y de la temática general del Siglo de Oro español, se ocupa de un tema central: *El capitán Alatriste* (1996) es una presentación general de Madrid como Villa y Corte en el año del novelesco (y real) episodio de la visita/cortejo sorpresa del príncipe Carlos de Inglaterra a la hermana de Felipe IV. En *Limpieza de sangre* (1997) el foco cae sobre la religión y la Inquisición, a través del intento de rescate de una novicia de su convento. En *El sol de Breda* (1998) abandonamos Madrid (y España) para irnos al frente neerlandés a vivir la guerra de diversas formas: encamisadas nocturnas, batalla a campo abierto, asedio de bombardeo y caponera cavada bajo las murallas enemigas, e incluso motines, duelos y reyertas en campamento propio, por



culpa de mujeres y reputación, por si los calvinistas y luteranos no fueran enemigos suficientes. En *El oro del rey* (2000) la trama principal conecta con la importancia del oro que llegaba a España desde América (y se iba tan pronto como llegaba), y la acción transcurre en una Sevilla cervantina y quevedesca como nunca, de bajos fondos llenos de pícaros, rufianes, jaques y carne de cañón en general. Para cuando apareció la siguiente entrega, Pérez-Reverte ya era miembro de la Real Academia Española, debido en gran parte, según él mismo ha dicho, a Alatriste, y había dedicado su discurso de entrada precisamente a «El habla de un bravo en el siglo XVII». En *El caballero del jubón amarillo* (2003), título heredado de un relato perdido del padre de Pérez-Reverte, volvemos a Madrid a empaparnos de teatro, tanto en las corralas de la ciudad como en la trama de la novela: Quevedo, gran amigo de Alatriste, escribe obras para la corte, el capitán Contreras, que si no es ficticio merecería serlo, aparece por allí, el mismísimo Lope de Vega nos ofrece una naranja de su huerto... y María de Castro irrumpe en la vida de prácticamente medio Madrid, desde reyes a criadas, con la compañía de teatro de Rafael de Cózar. Fue durante la escritura de esta novela cuando se completó el guion para la película de Agustín Díaz Yanes, *Alatriste*, que se empe-

zó a rodar en 2005 (con un cierto grado de simbiosis entre ambos textos), y justo después de su estreno, en 2006, llegó *Corsarios de Levante*, donde de nuevo abandonamos la península ibérica para embarcarnos por todo el Mediterráneo, un mar poco reflejado en la literatura española en esta época y visto aquí como charca en patio de vecinos que se odian, se saludan con un puñal en la otra mano y se hacen jugarretas continuamente: españoles, italianos, griegos, malteses, turcos, berberiscos, hasta ingleses y holandeses metiendo el hocico... Y por último hasta hoy, *El puente de los*

*Asesinos* (2011), donde la alta política internacional ocupa el lugar más importante, con una trama de intento de magnicidio en una Italia donde los retratos hechos de Roma, Milán y una Venecia gótica, invernal y siniestra brillan con luz (y sombra) propias. Tras esto ha habido una adaptación a serie televisiva, emitida en 2015 y protagonizada por Aitor Luna, y en 2016 se publicó el tomo recopilatorio *Todo Alatriste*, con todas las novelas escritas hasta entonces, de casi 1800 páginas, en tapa dura, con ilustraciones de Joan Mundet.



## MISIÓN EN PARÍS ITALIA, 1627 - FRANCIA, 1628

«Si de algo pueden estar seguros es de que no se aburrirán en Francia».

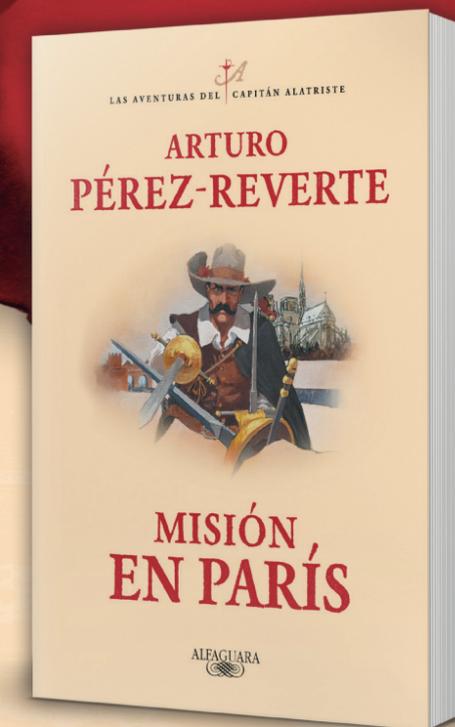
FRANCISCO DE QUEVEDO

«Reservemos tu espada, capitán, para el asunto que te ha traído aquí. Y empeño mi palabra en que no van a faltarte ocasiones para eso».

ÁLVARO DE LA MARCA, conde de Guadalmedina

«Después permanecieron inmóviles y en silencio entre la nevisca, uno junto al otro, mirando hacia la parte que daba al mar abierto. En la franja lejana, soleada y azul, el rayo de luz que se abría paso entre las nubes iluminaba las velas blancas de una embarcación que navegaba hacia la isla de los Esqueletos».

Así habíamos dejado a Diego Alatriste y Gualterio Malatesta («Quizá sea otro día», acababa de decir el espadachín italiano al detenerse las estocadas entre ambos) el día de Navidad de 1627 en un islote cercano a Venecia, tras la conspiración contra el dogo en una ciudad que hasta hace no tanto tuvo de verdad un puente llamado de los Asesinos. En una embarcación salen de la apurada situación en la que se encontraban ambos, junto a sus camaradas Íñigo Balboa, Sebastián Copons y Aixa Ben Gurriat, alias el moro Gurriato. En la nueva novela averiguamos que, tras desembarcar y llegar a Milán, la compañía se separó. Íñigo volvió a Madrid



e ingresó en los correos reales, mediante unas cartas de recomendación de Quevedo, mientras que Copons, Alatriste y el moro Gurriato «permanecieron en el norte de Italia, participando en el asunto de la Valtellina, la invasión de Monferrato y el asedio de Casal». A Malatesta dicen haberlo visto por Madrid y Sevilla, pero parece que se lo ha tragado la tierra. Sin embargo, solo seis meses después de lo de Venecia, Alatriste, Íñigo y Copons se reúnen de nuevo, a instancias del conde de Guadalmedina y del poeta Francisco de Quevedo, que ya les habían encargado misiones anteriores, esta vez en París y con mucho secreto. ¿Para qué?

Tardará cierto tiempo en saberse: el conde prefiere no poner todas las cartas sobre la mesa hasta el último momento. Lo único que pueden hacer nuestros tres amigos más uno (la nueva incorporación, el veterano cordobés Juan Tronera), es recabar toda la información posible sobre el lugar donde se encuentran. Lo

E GROOTE

E E gbenamit

GALL

primero es caminar por París, para conocer y admirar la ciudad y también para buscar en ella tanto la información necesaria para la misión como ciertos lugares apartados donde puedan tener lugar duelos, conspiraciones o encuentros íntimos. En la capital francesa, Diego Alatraste e Íñigo Balboa se enfrentarán no solo a la incertidumbre de un futuro nuevamente lleno de peligros, sino también a ciertos fantasmas del pasado, que vendrán a visitarlos de improviso.

Según Francisco de Quevedo, nuestro inimitable cicerone, lo que nos interesa saber es que «después de las guerras civiles que por la religión habían agitado Francia, los protestantes de allí, llamados hugonotes, habían conservado territorios cuya obediencia escapaba al mo-

narca. Hartos de rebeliones, resueltos a conseguir a toda costa la unidad política y religiosa, el rey y el cardenal habían puesto sitio militar a La Rochela, enclave maestro de la resistencia rebelde, socorrido por una Inglaterra siempre dispuesta a incomodar a Francia como lo hacía con España». Es decir, que las tres naciones están envueltas en una especie de *menage à trois* en el que abundan alianzas, traiciones, cambios de bando y juegos con dos barajas, a pesar de los continuos matrimonios reales entre ellas. Y no es un tema local solamente: en plena expansión de las potencias europeas por todo el globo, quien haga el movimiento incorrecto en esta partida de ajedrez a varios niveles puede quedar a la deriva en el océano de la Historia de forma definitiva.



## SIEMPRE NOS QUEDARÁ PARÍS



Francia, y París en concreto, han estado siempre muy presentes en la educación, las lecturas, la vida y la obra de Arturo Pérez-Reverte. Su primera novela, *El húsar*, ya trataba sobre la invasión napoleónica de España en el siglo XIX, que estará presente en otras cuatro obras posteriores (*La sombra del águila*, *Cabo Trafalgar*, *Un día de cólera* y *El Asedio*), a las cuales se añaden *Hombres buenos* en el siglo XVIII, *Sabotaje* y *El tango de la Guardia Vieja* en el XX, y hasta *Jodía Pavía* en el XVI. Y por supuesto, *El club Dumas* no solo tiene a París y a Francia, sino que añade a Alejandro Dumas como parte esencial de la receta.

En este caso, la acción comienza con Íñigo esperando a sus compañeros, que tras entrar por la puerta de Saint-Jacques, en la orilla izquierda del Sena, doblan la esquina de la calle de las Astruces y llegan hasta la posada Le Cygne d'Or, cerca del Louvre, una de las más caras de la ciudad. A la mañana siguiente irán a la residencia del señor de Tréville, «situada en la calle de Vieux Colombier, con una treintena de hombres armados, casi todos con casaca o cruz azul, que ocupaban la puerta, el patio y las amplias escaleras». Junto a Copons, Íñigo pasea por la isla de San Luis («demasiados gabachos»), ven las dos grandes torres de la catedral («como la iglesia mayor de Huesca, ¿no?»), y siguen por la plaza de la Grève («donde ajustician a los condenados a muerte»), el Puente Nuevo («obra magnífica»), la estatua ecuestre de Enrique IV («protestante antes de ser católico», padre del entonces rey, Luis XIII) y el palacio real, que a Íñigo, vestido con una gentil ropilla de terciopelo azul comprada en la calle Bouillerie, lo decepciona harto («había esperado muebles lujosos, alfombras y tapices

fantásticos; pero hasta el momento solo encontraba pasillos oscuros, suelos fríos y paredes desnudas»). Tras admirar el ingenio de agua y el reloj de la Samaritana, se internan en la plaza Dauphine, donde están los comercios más elegantes de la ciudad (más adelante Quevedo comprará allí un «agua de olor» antes de visitar a la reina), para acabar saliendo por el puente de Saint-Michel, «tan bordeado de casas y tenderetes que impedían ver el río». Copons acaba impresionado: «Ridiela, vaya ciudad. Ni Madrid, ni Bruselas, ni Milán... Sólo Nápoles se puede comparar, y aun así queda lejos».

Cerca de la calle Saint-Honoré está la embajada española, con ancha escalinata de piedra gris, donde despacha el representante de Felipe IV, el marqués de Mirabel, y donde Íñigo tendrá un sorprendente encuentro. El conde de Guadalmedina, en principio solamente «embajador temporal extraordinario», no se aloja, como sería costumbre, en el Luxemburgo, sino en un hotel particular en la calle Mont-Marthe, cerca de la iglesia de Saint-Eustache, para mantener sus negocios alejados de los del marqués. El problema es que los lugares discretos como este abundan en «sujetos de mala traza y daifas de medio manto».

De vuelta al Louvre, allí cerca está la torre de Neslé («siniestra, medieval, adosada a otra más alta y estrecha»), que cierra la muralla oriental, con un foso seco en la base. Es un lugar desierto al amanecer, y por lo tanto buen sitio para quedar sin ser visto. Para batirse en duelo, por ejemplo. Cuando se haga de día y esté soleado, se puede visitar Saint-Germain l'Auxerrois para ver su esbelta torre, luego la plaza Royale («cuya armonía y perfección parecían no tener igual en



el mundo»), y después del paseo se puede uno sentar en una hostería al extremo de la rúa de Saint-Antoine, contemplando los muros de la Bastilla («es novedad ver una cárcel en la que no te van a meter nunca: aquí solo encierran a los príncipes y gente de calidad»).

En la plaza de Saint-Jacques, próxima al Châtelet y al Palacio de Justicia, hay una casa que interesa mucho a Íñigo, un hotel particular, lujoso aunque sin excesos, con cinco chimeneas, una puerta cochera de entrada al patio y una docena de ventanas a la calle, propiedad de un noble que la alquila a viajeros con buena bolsa. Como los Alquézar, por ejemplo. Cruzando el puente de Change hay unos corredores que llaman la Galerie del Palais, un concurrido lugar, «único de lo que yo había visto en mi vida, un compendio de lo más selecto y elegante del comercio y la moda, unas arcadas que albergaban más de doscientas tiendas, con hasta exóticas curiosidades de las Indias». Es lógico que una bella y rica joven rubia y de ojos azules vaya allí a hacer compras. Al salir están cerca las torres de piedra blanca de Notre Dame, «de tan enorme y acabada fábrica que nada en el mundo parecía poder destruirla».

Para lo gastronómico, hay también una hostería en la puerta de Saint-Denis, pasado el segundo puente, donde, según Quevedo, tienen el mejor vino de Champaña de la ciudad y una vista increíblemente hermosa de una veintena de lejanos chapiteles, agujas y torres de París. Por contra, entre lo menos turístico está la plaza del Heno, una explanada que se prolonga por la orilla derecha del Sena con numerosas barcas arrimadas, cerca de la que hay un cabaret llamado Le Coq d'Auvergne. Concurrido, pero de noche todos los gatos son pardos. Lugar ruin, pero vista hermosa.

Sin embargo, uno de los lugares más útiles para la famosa misión en París es el negocio de Melchior Tavernier, *graveur et imprimeur du Roy*, en el muelle de la Mégisserie, un taller de grabados con estampas de santos, paisajes, batallas, poses de esgrima... y lo último en mapas, tanto de París como de otras ciudades francesas. De especial interés para Quevedo resulta uno del puer-

to de La Rochela, de nueve libras de precio, nada menos. Porque hacia allí vamos: la parte final de la misión no tendrá lugar en París, sino a orillas del Atlántico.

La Rochela, a 470 km de París, recorridos en diez días de apacible viaje a caballo, está, como ha dicho Quevedo, sitiada desde hace meses, y a pesar de que la protestante Inglaterra, con el duque de Buckingham al frente, intenta socorrer a sus correligionarios franceses, la mayoría de su población ya está muriendo por el hambre y el fuego de las tropas reales. Desde el exterior es todo muros, fortificaciones, reductos y trincheras circundando la bahía. Destaca, «entre la cercana isla de Ré y el puerto rochelés, entre las alturas del fuerte Luis y la punta de Coureille, el enorme dique, obra magna de la ingeniería militar, que discurría de orilla a orilla, dificultando el socorro», de casi un kilómetro de largo. La escena en el fortín de Coureille, poblada de vociferantes sargentos, soldados, arcabuces, baluartes, carrromatos, criados, vivanderos y gastadores con pico y pala, recuerda inmediatamente al asedio de Breda, pero aún más complicado, según el general Spínola. Alatrisme y los suyos, junto al conde, se alojan en una posada cercana a las marismas y al fuerte de Coigne, La Fontaine du Lapin. Otro fuerte, el de Tadon, con una playa cercana en tierra de nadie, será escenario de un duelo, inoportuno quizá en mitad de una guerra, pero necesario para mantener la reputación de unos y otros, sobre todo con el rey y el primer ministro de Francia presentes. El cardenal Richelieu no se hospeda en el campamento del rey, sino en una casa más al sur, «un edificio de aspecto rural y algo tosco, con torreón medieval de cubierta cónica de pizarra», en un lugar llamado Le Pont de Pierre, a dos tiros de ballesta de la playa, con escolta militar discreta, apenas una decena de hombres. El resto del paisaje lo componen peligrosas marismas con su vegetación habitual, que alguien tendrá que atravesar con urgencia en busca de la puerta del Burgo Nuevo, para por fin entrar en La Rochela. La descripción de lo que encontrarán dentro, si llegan, se la pueden imaginar tras un año de duro asedio.

# LA

## LOS PERSONAJES



### Diego Alatrisme

El soldado y espadachín a sueldo ya va por los «cuarenta y seis años muy bregados», con una veintena de muertos en duelos y emboscadas a su espalda, sin contar batallas, abordajes y golpes de mano. Sin embargo, aún es capaz de igualar e incluso superar a contendientes a los que dobla la edad, sobre todo si están más pendientes de los tratados de esgrima que de sobrevivir de verdad. Esta vez averiguamos que «se desempeña en francés e italiano» debido a su experiencia militar, aunque no le gustan los franceses. Ni los ingleses. En esta novela, alguno de los episodios de su pasado, como el de Emilia Gattapone, la mujer de la que se enamoró en Nápoles trece años antes, volverá a su mente. La solución ante eso —o más bien el analgésico—, como ha venido siendo su costumbre, son varias jarras de vino y un rincón donde estar a solas con sus recuerdos y fantasmas, antes de volver a ser no especialmente honrado ni piadoso, pero sí valiente.

### Íñigo Balboa

Natural de Oñate, el narrador de la saga desde sus recuerdos de soldado retirado, en esta novela tiene dieciocho años. Tras más de cuatro de aventuras como paje de Alatrisme y luego mochilero de los tercios de infantería, ahora es correo real, y en el medio año transcurrido desde el final de *El puente de los Asesinos* ya ha recorrido a caballo tres mil leguas



llevando importantes mensajes entre Madrid, Lisboa, Milán, París o Bruselas, hasta treinta leguas por día, a cinco reales por legua. No es mal negocio, pero echa de menos a los camaradas.

### Francisco de Quevedo

El famoso poeta se encuentra en uno de los mejores momentos de su carrera: su posición con el conde-duque de Olivares no es mala, tanto el rey Felipe IV como su esposa lo ven con buenos ojos, y la reina de Francia, Ana de Austria, solía leer sus versos, con lo que le espera un buen recibimiento en París. Como ya ha ocurrido en otras novelas, será él quien informe a Alatrisme y sus compañeros, hasta donde pueda, de la nueva misión, en medio de consejos y versos propios y ajenos. Sin embargo, se conoce bien a sí mismo y cree que «algún día me ahorcarán con mi propio ingenio».



### Sebastián Copons

Oscense de los mallos de Riglos, «pequeño y duro como la madre que lo parió» y compañero de Alatrisme desde hace décadas, en París se muestra menos taciturno que sobre los campos de batalla, deslumbrado por la magnificencia de la capital francesa: «París lo tornaba parlero», observa Íñigo, aunque obviamente, dado su oficio, no puede evitar pensar qué buen saqueo tendría una ciudad tan rica. Durante toda la aventura se mostrará, como suele, fiel, sólido, fiable e incluso con ganas de aprender sobre política internacional.

## Juan Tronera

Hombre de confianza traído por Quevedo a París desde Madrid. Cordobés del Potro, dejó su tierra a los diecisiete años para buscarse la vida. Su cabello rubio y largo, recogido en la nuca con una coleta, y la barbita rala del mismo color contrastan de modo notable en su rostro moreno, agitanado. De cuarenta años, con veintidós de mundo vivido fuera de su tierra, tiene ojos oscuros y desconfiados, y un par de marcas en la cara de las que salta a la vista que no son de nacimiento. «Pura flor de chanfaina», nota sobre él Alatrisme al conocerlo. Como el mundo es «un concurrido pañuelo», resultará que ambos no solo se conocen de Nápoles, donde Tronera sirvió tres años en las galeras del tercio (1613-1615), sino que tienen ciertos amigos comunes. Puede que se convierta en uno de los nuevos secundarios favoritos de la saga.



## Álvaro de la Marca, conde de Guadalmedina

Ya frizando los cuarenta, el varias veces Grande de España está en París como «embajador temporal extraordinario ante la corte de Luis XIII», para evitar que el representante español habitual, el marqués de Mirabel, se vea involucrado en lo que no debe. Haciendo uso liberal de las riquezas que llegan a España desde América (el señor de Tréville es, entre otros, uno de los beneficiados), consigue favores, acuerdos y entrada a lugares (por ejemplo el cerco de La Rochela) donde la mera diplomacia no alcanza. Y bien que les pesa a los demás ver cómo el oro se gasta de esta forma y no usándolo para pagar tropas fieles o armar galeones, lo cual haría innecesarios estos otros desembolsos. Alatrisme y él se conocen desde hace mucho, y su relación no ha sido siempre amistosa: en alguna ocasión llegaron a desenvainar aceros no contra enemigos comunes, sino el uno contra el



otro. El capitán le salvó la vida en las Querquenes, pero luego también le estorbó seriamente en el asunto de la actriz María de Castro. Sin embargo, el conde sabe que para la arriesgada misión que le ha traído a París no puede ignorar a un hombre tan valioso como Alatrisme.

## Conde de Tréville

Alto, fuerte, cabello cortado en media melena y pintando ya algunas canas, la versión que aparece en esta novela no es la del personaje histórico del siglo XVII, sino la que ficcionó Alejandro Dumas en el XIX: es aquí, por tanto, amigo de juventud de Luis XIII de Francia, capitán de los mosqueteros del rey, y aunque por un lado se supone que debe mantenerlos a raya como cuerpo de élite, por el otro estima y anima su belicosidad, así que si hay algún duelo (en principio ilegal en aquel tiempo) no piensa perderselo, e incluso es responsable de provocar alguno, aunque cause un incidente internacional. Su padre fue apresado décadas atrás por el padre de Guadalmedina en las guerras de religión, pero el oro del conde parece haberle hecho olvidar ese detalle por ahora.



## Athos

Mosquetero del rey, cuyo nombre probablemente suene de otra parte. Treinta y pocos años, flaco, elegante, de frente despejada y tez muy pálida, su bigote rizado, su expresión seria y distinguida, su aire tranquilo y su calma le hacen parecer un verdadero gentilhomme incluso en su linda figura al luchar. Sus manos, «aunque con marcas y cicatrices de esgrimista, no habían perdido cierta aristocrática finura». Junto a dos (o tres) compañeros más, compondrá un cuarteto de franceses que cruzarán palabras, aceros, propósitos opuestos, amenazas más o menos veladas y modales propios de sus oficios con los cuatro españoles de la misión. Uno de ellos, «grande, rudo, corpulen-



to y como de seis pies de estatura», responde al apodo de Porthos, y otro, de «aspecto delicado, casi gentil», se hace llamar Aramis.

## D'Artagnan

Así conocido siempre, simplemente por su apellido, frecuenta la compañía del trío formado por Athos, Porthos y Aramis, pero él no es, como ellos, mosquetero del rey, sino guardia de la compañía del señor Des Essarts (detalle que tendrá su importancia en la trama). El mismo día en que abandonó la vivienda de su familia en Gascoña a lomos de su famoso caballo de pelaje amarillento, Íñigo estaba escribiendo una carta a Quevedo desde Flandes. Tres años después, ya con veintinueve, sigue siendo persona de enfado fácil y muy dado a recurrir al arma blanca cuando se considera ofendido. Íñigo lo describe así: «Menudo de cuerpo, quizá tres pulgadas menos que yo; llevaba el pelo más largo que el mío, tenía la nariz corva, la mandíbula ancha, ojos negros y vivos, y el bigotito que sombreaba su labio superior era poco más que un bozo juvenil. Pero tenía buen talle, muñecas y jarretes fuertes».

## Angélica de Alquézar

Debido a ciertas intrigas cortesanas ya relatadas en libros anteriores, Luis de Alquézar y su sobrina fueron enviados al destierro en las Indias pero, lejos de suponer la ruina para la familia, aprovecharon la oportunidad para enriquecerse explotando las minas mexicanas de Taxco, y su éxito ha sido tal que ya están de vuelta dentro del favor real. A Íñigo no se le alcanza exactamente qué hace en París don Luis, pero sí que la presencia de Angélica, ahora toda una «hermosa mujer de diecisiete a dieciocho años, donde la belleza adolescente terminaba de cuajar, espléndida, en su rostro y figura», de la que está perdidamente enamorado desde que la vio por primera vez a su llegada a Madrid, lejanos ya los tiempos en los que era menina de la reina de España, vuelve a ocupar sus pensamientos en medio



de un peligroso encargo. Los dos tendrán el tiempo justo para encontrarse brevemente durante esta misión en París.

## El cardenal Richelieu

Seguramente haya más gente que lo conozca como malvado personaje ficcionado en novelas y películas que como figura de inmensa importancia histórica. «Enjuto, de pálido y altivo rostro, su frente despejada, una barbita en punta y un fino y gallardo bigote acentuaban su delgadez, dándole una apariencia ascética que se volvía perturbadora a causa de sus ojos vivos y penetrantes». Aquí con cuarenta y tres años, primer ministro de Luis XIII y poder principal de Francia ya ni siquiera en la sombra, su rivalidad con el conde-duque de Olivares, director de la política española con Felipe IV, marcará muchos años de la Historia mundial con mayúsculas y será uno de los motivos de la misión de esta novela. Busca denodadamente librar a Francia de sus luchas internas, en particular las de religión, sabedor de que si consigue unir al país, su poderío e influencia sobre el resto de Europa podría convertirse en hegemónica. La cuestión es que las demás naciones que lo rodean también lo saben, y llevan mucho tiempo intentando impedirlo. Copons dirá de él: «El peor enemigo de España. Más aún que los cabrones luteranos, los perros ingleses y los turcos».

## Ambrosio Spínola

Marqués de los Balbases y capitán general de Flandes durante la guerra. «Considerado el más ilustre general de Europa», ya apareció en el tercer libro de la serie, *El sol de Breda* y, ahora como entonces, reconoce a Alatrisme cuando lo ve al paso y le hace el honor de pararse a hablar con él y luego invitarlo a un vino de Anjou... aunque no necesariamente el de pagarle los atrasos. Es un hecho histórico que en 1628 regresó a España pasando por Francia, visitando de camino a Luis XIII y Richelieu en el cerco de La Rochela, y aquí nos lo en-



contramos, solo dos años antes de su muerte, en compañía de su hijo Filippo y de su yerno, Diego Mexía, marqués de Leganés y primo de Olivares. «Se le veía más viejo, encanecidos bigote y barba, apergaminada y amarilla la piel, como si alguna dolencia le maltratase la salud; pero seguía teniendo el porte y gallardía de cuando en Breda recibió las llaves».

### La Flèche, Malestrat, Pommeyrac, Mazieu y el alcalde de La Rochela, Jean Guiton

En la segunda parte del libro, cuando la acción pase de París a La Rochela, Alatrisme y sus compañeros conocerán a varios hugonotes, junto a los que intentarán llevar a cabo la misión de la novela. Espoleados por su precaria situación, cercana a la hambruna total, los elementos menos dados a rendirse en la comunidad se lanzan a un desesperado plan, que además puede traer graves consecuencias incluso si tiene éxito. La Flèche «aparentaba modales distinguidos, podía ser personaje de calidad, perteneciente quizás a una de las familias que dirigían la rebelión contra el rey». Tenía un «rostro agradable, en torno a los treinta y tantos, más rubio que moreno, a quien las mejillas hundidas y la viveza de unos ojos ardientes daban un punto de ascetismo casi fanático». Confirma todo esto con sus frecuentes arengas bíblicas, ante la paciencia estoica de Alatrisme, que, a pesar de todo, lo ve como «un gentilhomme al que la fe religiosa confería sosiego y entereza». Malestrat era «más elemental y violento. Parecía más bajo y ancho, y también tosco y desconfiado». De Pommeyrac Íñigo dice: «Me gustaba ese rochelés: boquirrubio, espigado, sólo era un poco mayor que yo. Todo el tiempo se conducía templado, muy sereno. Resultaba activo y vivaz». Mazieu era «más apocado». Y Jean Guiton, el alcalde de La Rochela y alma de la resistencia hugonote, es un personaje real que hoy día tiene una estatua en la plaza del Ayuntamiento de la ciudad de La Rochelle y a quien tras el final del cerco Richelieu mandaría a luchar por mar contra España, interviniendo en la batalla de Guetaria (1638) durante el cerco de Fuenterrabía.

### George Villiers, duque de Buckingham

Favorito del rey de Inglaterra, Carlos I, y antes de su padre, Jacobo, ya es conocido en la saga por haber sido uno de los protagonistas de la primera novela. Pocos años después de aquello, con treinta y cinco de edad, el duque, y ahora «todopoderoso ministro de Inglaterra, amo del Parlamento, enriquecido gracias a los monopolios reales, impulsor de piraterías navales y guerras», coincide con Alatrisme en La Rochela, de cuyo socorro Buckingham «había hecho una empresa de empeño y vanidad personal». ¿Habrán ocasión para que se reúnan y recuerden su pasado?



## TEMAS DE LA NOVELA

### El pasado es lo olvidado... hasta que vuelve

Las consecuencias de actos pasados es uno de los temas más importantes de *Misión en París*, con sus protagonistas teniendo que rendir cuentas por sus viejas decisiones, a veces de forma inesperada. Por ejemplo, con Íñigo no nos cabe ninguna duda de que está enamorado de Angélica de Alquézar, y que si Angélica está por medio será capaz de meterse en cualquier red que se le tienda (marcas tiene ya en la piel como recuerdo imborrable de esto), pero con ella el lector se debate entre qué prevalecerá, si el toque de maldad que ha mostrado anteriormente, el interés verdadero que pueda tener en Íñigo o las presiones externas que hasta ahora no habían existido. Mientras Angélica era una niña sin padres y con un tío muy ocupado, podía hacer y deshacer a su capricho, pero ahora que llega a una edad casadera y que el futuro de su linaje depende de ella, ¿cómo responderá a lo que decidan por ella? ¿Y él?

Alatrisme también ha de afrontar una cuestión de mujeres, en concreto aquella italiana con la que vivió un tiempo muy cercano a la felicidad casi absoluta hace más de una década, antes de acabar de forma violenta, y cuyo fantasma vuelve a su mente traído por Juan Tronera, con el que coincidió en Nápoles. Lo hecho no tiene remedio, las consecuencias que tuvo tampoco, pero los demonios ahí estarán siempre. Por si esto fuera poco, el capitán de nuevo se encuentra a las órdenes del conde de Guadalmedina, a quien ha salvado la vida, con quien se ha batido, a quien ha obedecido y a quien ha desobedecido anteriormente. Si el conde quiere volver a tenerlo a su servicio, tendrá que aceptar al capitán como es, tanto con sus silencios como con sus palabras cuando elija pronunciarlas. También aparecen por La Roche-

la el general Spínola y el duque de Buckingham, con los que ha tenido favores, dineros, conspiraciones y guerras de por medio en años anteriores. Parece todo una confabulación, en fin, para que Diego Alatrisme y Tenorio se vea obligado a sentarse a solas con una buena cantidad de vino y dejar una estampa que Íñigo siempre recordará.

### España y Francia se miran de reojo

A través de esta novela podremos comparar ambas naciones, vistas a través de los ojos subjetivos de un vasco, un aragonés, un andaluz y un castellano viejo en París, desde costumbres cotidianas hasta asuntos de altos vuelos. Copons acaba opinando que París «es más ciudad que Madrid, Diego, reconócelo», aunque también más sucia, que ya es decir, pero según Alatrisme «tiene peores tabernas». «Y peores hembras», tercia Tronera, aunque nada como Nápoles para eso. Lo que más duele, sin embargo, es la diferencia en los posibles de cada uno: «Los españoles tenemos el oro de las Indias y apenas nos trasluce. Sin embargo, estos gabachos muertos de hambre, que no tienen casi nada por ahí afuera, parecen dueños del Perú». Angélica observa que «aquí los hombres tratan a sus esposas como si fueran sus amantes, mientras que en España lo hacen como si fueran sirvientas». Íñigo está de acuerdo en que en Francia, como en Flandes, «la situación de las mujeres parecía mucho más libre». Quevedo, sin embargo, echa de menos Madrid. «Me fatiga París, amalgama de malas costumbres y bellas maneras».

Cuando la comparación pasa a temas políticos el desarrollo quevedesco es más detallado: Richelieu y Olivares son «los dos hombres más notables de Europa»,

sirviendo a reyes «mediocres, inseguros y caprichosos». Los dos leen a Tácito, los dos trabajan de noche. Uno «lo tiene todo por ganar y el otro sostiene sobre sus hombros un imperio». En cuanto a inquisiciones, la española tiene el nombre que aterroriza, pero la francesa no se queda atrás. Y por lo que toca a calidad de soldados, los franceses son corajudos, vociferantes y animosos en el ataque, aunque de escaso fuelle en empresas prolongadas, mientras los españoles tienen tenacidad silenciosa, impávida, temibles en defensa e implacables en el asalto. Aunque al menos a Luis XIII se le ha visto personalmente en el asedio de La Rochela, mientras que «Felipe IV no sale del Alcázar más que para correr toros en la Plaza Mayor o cazar en El Escorial». Por último, para acabar de complicar las cosas, está el tema de la mezcla de religión y política: «Al tratarse de protestantes, España no puede ayudar a los rocheleses de modo abierto. Al contrario, nuestra católica majestad está obligado a ayudar al cristianísimo rey Luis», pero «más de boquilla que de verdad».

### La reputación

Es hermoso el momento en el que Sebastián Copons aprende a decir *réputation* en francés, porque de eso sabe un rato. De hecho, hay cuatro franceses y cuatro españoles en particular que parecen competir en cuanto a quién tiene el listón más bajo a la hora de darse por desairado y pedir satisfacciones. Una simple sonrisa es capaz de picar a Alatrisme, que luego llega incluso a decir que no acudir a una ocasión de dejar claras algunas cosas en mitad de su misión podría dar a entender «que tornilleo», y cuyo largo desencuentro con Athos, que dura toda la novela, llega a recordar al de *Los duelistas*, de Joseph Conrad. En cuanto a D'Artagnan, todo el que haya leído los primeros capítulos de *Los tres mosqueteros*, o haya visto alguna adaptación a la pantalla que lo incluya, recordará sus famosos tres duelos consecutivos en sus primeros días fuera de la casa paterna. Sin embargo, las peleas por puntos de honra no son la única manera de demostrar de qué pasta se está hecho: también se ve a la

hora de enseñar a quién se es fiel y a la de esperar al que se quedó atrás, aunque pueda costar la propia piel.

### El nieto de Dumas

Pérez-Reverte ha dejado siempre clara la importancia que para él ha tenido la cultura francesa. Y Francia, por su parte, ha respondido haciéndole uno de los suyos, con multitud de reconocimientos y condecoraciones, entre las que destaca haberle apodado «el nieto de Dumas». Y es que al principio de todo, antes de aquel vuelo transoceánico en 1995 durante el que Pérez-Reverte escribió por primera vez las palabras «El capitán Alatrisme», estuvo Alejandro Dumas y estuvieron *Los tres mosqueteros*. Fue uno de los primeros libros que leyó, y el que siempre cita como uno de los que más marcó su vida. De ahí salieron las ganas de contar historias como las que siempre le habían gustado, y *El club Dumas*, y las mujeres de fuertes lealtades y convicciones que aparecen en sus novelas. En un artículo escrito para *El Semanal*, «Cuatro héroes cansados», contaba:

«El primer descubrimiento, el primer amor, la primera y temprana pasión corresponde, sin duda, a la trilogía escrita por Dumas. Todo arranca de un jovencísimo lector de nueve años que descubre cuatro antiguos volúmenes encuadernados en piel en la biblioteca de su abuelo, y se fragua en días de lluvia y gripe en la cama devorando páginas, o largas tardes de verano a la orilla del mar [...]. A principios de 1991 y en plena guerra del Golfo, cuando remontaba con un equipo de TVE la carretera de Kuwait entre pozos de petróleo en llamas, en la mochila viajaba conmigo el segundo volumen de *El vizconde de Bragelonne*, y en mi cabeza se mezclaban las imágenes de la batalla y la hora de cierre del telediario con las intrigas de los amigos de D'Artagnan, el secuestro de Luis XIV y el misterio de la Máscara de Hierro. [...] Sobre todo, los héroes de Dumas están vivos: tienen carne y sangre. D'Artagnan y sus compañeros son seres humanos sujetos a pasiones y recuerdos. Hombres que aman y odian, que se quieren y son leales a pesar de las contradicciones y de las piruetas que, con el paso

de los años, la vida impone. [...] En un mundo hostil de adversarios, cortesanos y enemigos poderosos, de reyes ingratos y maniobras políticas, en el torbellino de las sucesivas intrigas en que participan, donde terminan siendo víctimas y protagonistas a menudo a su pesar, jamás perderán de vista un límite ético, un vínculo moral indisoluble que justifica cualquiera de sus actos y mantiene a salvo su honor y dignidad: la fidelidad a sus amigos, la solidaridad generosa, todos para uno y uno para todos, que no es, en el fondo, sino el respeto, el culto a las sombras fieles de los héroes de limpio corazón que en otro tiempo fueron. [...] Cuando cierro el último tomo

no puedo evitar hacerlo despacio, como quien corre la lápida de una tumba, con la misma melancolía que rodea los últimos momentos de mis amigos perdidos. Al fin y al cabo, con ellos muere también cada vez lo mejor, lo más noble y generoso que existe en la condición humana. Pero también queda el consuelo de saber que Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan no se han ido para siempre. Dentro de dos, cuatro o cinco años, un día abriré de nuevo el primer volumen por la primera página, y todo empezará otra vez desde el principio».

La deuda está pagada. La misión en París está cumplida.



# A

## LECTORES Y CRÍTICOS HAN DICHO...

«Me gusta Pérez-Reverte, me recuerda a Dumas y Salgari». UMBERTO ECO

«El escritor con agallas ha conseguido un doble milagro. Que los personajes hablen como nosotros y nosotros leamos como ellos hablaban. Larga vida al capitán Alatríste». MANUEL RIVAS, *El País*

«El capitán Alatríste está escrito con brillantez y un contagioso entusiasmo hacia el género que intenta revivir». JANET MASLIN, *The New York Times*

«Un espadachín de nuestro tiempo». *Times Literary Supplement*

«Nunca se agradecerá bastante a Reverte haber hecho entrar a tantos lectores en esa literatura y esa historia cautivándolos con unas narraciones apasionantes». FRANCISCO RICO

«La saga de Alatríste está redactada en un deslumbrante castellano. Sus personajes están vivos, salen de los renglones de las novelas para convivir con nosotros, resucitando un tiempo en que España aún no actuaba de comparsa en la tragicomedia de la Historia». LUIS ALBERTO DE CUENCA, *ABC*

«El verdadero descendiente de Alexandre Dumas es Arturo Pérez-Reverte». CLAUDE SCHOPP, biógrafo de Dumas

«Alatríste no cesa, y cumple ya diez años de vida literaria. Pardiez que hay coraje en *Corsarios de Levante*, el primer alatríste poscinematográfico. Y emoción. Y aventura. Y amistad. Arturo Pérez-Reverte nos lanza una novela que es como una buena estocada: rápida, directa y efectiva, con la engañosa sencillez de la esgrima del maestro». JACINTO ANTÓN, *El País*

«Pérez-Reverte ha sabido conectar profundamente con un imaginario colectivo español rechazado durante mucho tiempo por la mayoría de los autores contemporáneos, pero que el público acoge con absoluta veneración». XAVI AYÉN, *La Vanguardia*

«La popularidad del *Alatríste* de Pérez-Reverte es resultado de un cruce feliz entre saber contar una historia, disfrutándola, y por ello haber sabido crear vida y no simplemente copiar o inventar pasados históricos. El mundo de los seres humanos está lleno de personajes literarios, tan importantes para la mentalidad y el imaginario social como los históricos. Alatríste es para nosotros uno de ellos». CARMEN IGLESIAS, de la Real Academia Española y la Real Academia de Historia

«Las peripecias del famoso capitán, aunque situadas en el siglo de oro, hablan de la condición humana: del amor, la mentira, la tiranía, el engaño, la violencia... Y suscitan la reflexión sobre valores de alcance actual: la dignidad, el esfuerzo, la lealtad, el patriotismo o el honor». SANTOS SANZ VILLANUEVA, *El Mundo*

«Cada generación necesita a algunas figuras clave capaces de reinterpretar y poner al día las tradiciones y los hilos de continuidad culturales que de otro modo podrían pasar fácilmente al olvido o al desuso. [...] Pérez-Reverte, como Pérez Galdós, ha conseguido convertir la historia española en dúctil materia narrativa. Lo cierto es que en un país sin memoria nunca se le agradecerá bastante el haber hecho entrar con su serie a tantos lectores en el Siglo de Oro español». SERGIO VILA-SANJUÁN, *La Vanguardia*

«He aquí, pues, las líneas centrales que vertebran la narrativa de Pérez-Reverte: acción e intriga proyectadas sobre un fondo histórico bien documentado, narrativi-

dad y suspensión que cautivan al lector desde la primera página, añoranza de algunos valores pretéritos que falsas modernidades han ido resquebrajando y una prosa correcta en su naturalidad y elegancia». ÁNGEL BASANTA, *ABC*

«Tengo predilección por el capitán Alatríste, [...] sobre todo porque sus novelas son una delicia con la que Arturo Pérez-Reverte aviva el fuego de la aventura que prendieron Conrad y Stevenson». DAVID GISTAU, *El Mundo*

«La reconstrucción del Siglo de Oro es espléndida, pero no solo por la labor de documentación, sino por la manera en que un mundo tan minuciosamente reconstruido se recrea con viveza como parte orgánica de una historia cautivadora». ALEXIS GROHMANN, Universidad de Edimburgo

«No es poca cosa que una figura inventada se cuele entre los pliegues de la Historia, que su capa ondee en las mismas corrientes de tiempo donde lo hicieron los grandes hombres olvidados. Porque Alatríste ya no es solo un personaje de novela; es carne de óleo, figura de estampa, sombra en la niebla de Flandes». MARÍA JOSÉ SOLANO, *Zenda*

«Pérez-Reverte ha hecho una aproximación muy creíble de lo que pudo ser el soldado español anónimo que peleó en Flandes, un tipo rudo, valiente, sangriento y sobre todo pundonoroso». CARLES BARBA, *La Vanguardia*

«La tinta que discurre por las páginas de *El capitán Alatríste* procede de esos manantiales antiquísimos donde se fraguan los sueños de los hombres». JUAN MANUEL DE PRADA

«Arturo Pérez-Reverte [...] ha logrado, con una excelente prosa, lo que nunca habíamos conseguido ni los críticos ni los profesores de literatura: que cientos de miles de lectores vuelvan a interesarse por los grandes personajes que en las páginas de *Alatríste* retrata». JOSÉ BELMONTE SERRANO, *La Verdad*

«Alatríste se está incorporando al ideario de los lectores con tal realismo como si se tratara del mismo capitán Alonso de Contreras, por ejemplo». JOSÉ LUIS MARTÍN NOGALES, *Diario de Navarra*

«Cada cuatro o cinco años espero con histeria una nueva entrega de la saga, y cuando la tengo en mis manos no sé de nada más en el mundo. Nada». JUAN ESTEBAN CONSTAÍN, *El Tiempo* (Colombia)

«Sublime, impresionante y soberbio trabajo de documentación el de Pérez-Reverte a la hora de reconstruir el Siglo de Oro». J. M. SÁNCHEZ, *ABC*



## ENTREVISTA CON ARTURO PÉREZ-REVERTE

*Han pasado catorce años desde la publicación de la última entrega, El puente de los Asesinos. ¿Por qué esperar tanto tiempo para escribir otro alatríste, y por qué escribirlo ahora?*

Fundamentalmente, me cansé, hasta cierto punto. La serie de novelas iba muy bien, se había hecho una película, había penetrado mucho tanto en España como en el extranjero... pero no quería hacer alatrístes toda mi vida. Tenía varias cosas en la cabeza para contar otras historias. Eran ya siete novelas de Alatríste y me dije: «Bueno, siete ya está bien, es una buena cifra. No sé lo que me queda de vida operativa, y cuando haya escrito esas otras novelas, pues ya veremos lo que hago». Hace cosa de un año o año y medio, hablando con mis editores —yo no había caído en la cuenta— me dijeron que se cumplían treinta años del primer alatríste. Y pensé que por qué no escribir otro. Porque además hay un tipo de lector que me insulta directamente, en las redes sociales y en persona, porque no escribo el siguiente. También me recordaron que Alatríste es un personaje de dominio público, conocido ampliamente, y eso no es frecuente en la literatura española, al menos desde el Gabriel Araceli de Galdós o el marqués de Bradomín de Valle-Inclán.

*¿Ha sido difícil? Hay quien ya llama alatrístés al tipo de lenguaje que usa en estas novelas, esa mezcla aquí-lata del español del Siglo de Oro con lenguaje comprensible para el XX-XXI.*

Ha sido laborioso. Un alatríste tiene una forma de narrar muy específica, ese lenguaje que no tiene que ser ni muy moderno ni muy antiguo, porque si es demasiado antiguo suena arcaico y si es demasiado moderno suena anacrónico. Al mismo tiempo que tenga un aroma clásico, tiene que funcionar para un público actual. Eso ha requerido, primero, releerme todos los alatrístes, además tomando notas de todos ellos, porque yo nunca releo mis libros. Doy un vistazo a las ediciones en inglés, italiano, francés y portugués para ver que son correctas —otras lenguas no puedo, son unas cuarenta traducciones—, pero eso es todo una vez que los termino. Después, he leído otros libros que ya había consultado, y leído otros que todavía no había usado, para esta novela en concreto. Documentación, personajes, indumentaria, costumbres, topografía... He comprado mapas de Francia de la época, y también recurrí a mapas que ya tenía del París de entonces. Ha sido un trabajo, primero, de adaptación personal, hasta que he vuelto a pillar el tono, el ritmo, el lenguaje, el estilo, las expresiones del XVII. Con una dificultad adicional: que el público ha cambiado y yo también he cambiado. Es una cosa de la que me di cuenta con *Sidi*. Ahora yo prefiero más presencia del diálogo, y que en el diálogo estén formulados los conceptos, más que en las descripciones o en las reflexiones del narrador o de los personajes. Intento que mis novelas sean más ágiles, más picadas, más dialogadas. ¿Por qué? Primero, porque tras escribir muchas novelas, me divierte más esa nueva exploración, esa forma de contar. Y después, porque el público de ahora no es el de hace treinta años. Es un público más directo,

que quiere cosas concretas, que se pierde más con las reflexiones, que se aburre con las direcciones, así que se ha juntado mi deseo de no aburrirme cuando escribo con el de hacer fórmulas diferentes, que llevo utilizando desde hace unas novelas, sin traicionar para nada lo que es el alatríste de siempre, y además pensando en el público que me lee, sea español, mexicano, chino, croata o polaco. Los primeros dos meses fueron más duros, y el primer capítulo me costó más, pero después enseguida estuve muy cómodo. Ha sido un desafío técnico que me apetece y me divierte mucho. En este alatríste se verá que hay una diferencia de ritmo en ese sentido.

*Desde luego, Alatríste y Sebastián Copons hablan más de lo que hacían antaño. Copons resulta hasta entrañable, con retranca, con capacidad de admiración y hasta con curiosidad por saber más del mundo. ¿Cómo impacta esto en la imagen taciturna y misteriosa que ya se tenía de estos dos personajes?*

Se les ve menos pensar y se les oye más hablar, es cierto. Pero también es verdad, y lo sé por gente que conozco, como mi cámara Márquez o mi amigo Farid, a quien acabo de visitar en el Líbano, que hay personas poco habladoras que hacia el final de su vida sienten un poco la necesidad de decir lo que no habían dicho, quizá no públicamente, pero sí con gente de su confianza, abriéndose un poco más. Me ocurre incluso a mí. Y he querido que Alatríste y Copons se beneficien de esa percepción mía. Además, Íñigo ya tiene dieciocho años y puede hablar con ellos de cosas de las que antes no hablaba.

*En Misión en París conocemos a un nuevo compañero de armas, Juan Tronera. Háblenos un poco de él.*

Como dos o tres personas para la misión eran pocas, pensé en añadirles un hombre más, y para no repetir siempre los mismos reclutados, escogí a otro típico soldado de la época, duro y experimentado, de los que se iban de casa con diecisiete años para escapar de un fu-

turo sin posibilidades. Quería alguien que me diera pie a hablar de la vida soldadesca, a pesar de que ya hemos visto algo en novelas anteriores, y al hacerlo de otro lugar diferente, cordobés del barrio del Potro, eso me permitía explorar otros sitios de vida golfa y peligrosa. Además, en este caso conoce algunos de los pecados de juventud de Alatríste, que es una tensión nueva que quería crear.

*El pasado es precisamente un tema importante en este libro. Hay muchos recuerdos de escenas anteriores. ¿Esto fue a propósito, para refrescar la memoria de nuevos lectores, o salió espontáneo? Porque el primer alatríste llevaba la dedicatoria: «Por la vida, los libros y la memoria». No deja de ser una buena síntesis de lo que es Alatríste.*

En parte sí, porque cuando aparecen Spínola o Buckingham no son personajes nuevos, pero tampoco podía contar en un aparte de Íñigo lo que había pasado en los libros anteriores, así que necesitaba una manera de hacerlo que no perjudicara ni al lector veterano ni al nuevo, que puede ir a buscar el episodio que sea al volumen correspondiente. En el caso de Alatríste, profundizamos un poco más en sus demonios, en su afición al vino, en su mala leche cuando se enfada, en su lado oscuro de la vida, que a veces lo lleva a querer matar... Le define muy bien.

*Todo el que ha leído los alatrístes y Los tres mosqueteros sabe que Navidad de 1627 es cuando acaba la séptima novela alatríste, El puente de los Asesinos, y que en agosto de 1628 sucede la muerte, tanto histórica como dumasiana, del duque de Buckingham, que por su parte ya había aparecido también en el primer alatríste. La cronología es muy tentadora.*

Lo voy a resumir diciéndolo de la siguiente forma: *Misión en París* no es un pastiche. Es una novela en la que aparecen por ella, como personajes que están de paso, protagonistas de *Los tres mosqueteros*, a veces con sus

nombres y todo, que llegan, hacen sus cosas y se van, sin permanecer en la trama todo el tiempo, como han hecho antes otros personajes, reales y ficticios, de otros alatristes. Pero no es una novela sobre *Los tres mosqueteros*. La misión en París —y más allá— tiene que ver con lo que está pasando en Francia en ese momento. Y estoy muy contento de cómo ha quedado, porque fue difícil, poniendo sobre todo mucho cuidado en evitar la parodia barata y facilona, el ¿quién ganaría, Alatriste o D'Artagnan? La clave era hacerlo creíble y natural, que pudiera haber ocurrido así. Es lo que al principio más trabajo me dio y más me preocupó. Lo más fácil habría sido sacarlos a todos: a Milady, a Rochefort, a la señora Bonacieux... Pero yo no quería hacer eso, yo quería usar algunos elementos narrativos de Dumas para contar mi historia. Además, no habría sido plausible que todo el que saliera en *Los tres mosqueteros* de repente estuviera en los mismos sitios en tres días en París y luego en La Rochela. Preferí mantenerme en el límite de la verosimilitud.

**La cronología exacta no era el fuerte de Dumas. ¿Cómo se ha manejado con esto?**

La he esquivado en lo que he podido. Si alguien nota alguna discrepancia sobre cuándo se hizo mosquetero D'Artagnan o cualquier otro detalle, que sepa que de la misma forma en que Dumas se pasaba por el arco del triunfo lo que necesitaba de la realidad, lo mismo he hecho yo. Dumas no es una fuente fiable. Pudo haberse equivocado, o pudo haberse equivocado el alférez Balboa en su cronología.

**Hablando de ella, la cronología «oficial» de Todo Alatriste sugiere que Angélica no iba a aparecer en Misión en París, sino en el libro siguiente, La venganza de Alquézar.**

Esa cronología se basa en las memorias de una persona ya mayor, sin una gran cantidad de fuentes para comprobar lo que cree que recuerda, así que puede haberlos



mezclado o confundirse de año. Yo, como me limito a transcribir los *Papeles del alférez Balboa*, no soy responsable de eso.

**Athos es el mosquetero que más aparece en Misión en París. ¿Es a propósito?**

Athos es el mosquetero que más me gusta, el más serio, y además el que más le gustaba a mi padre, así que es un guiño personal también. Mi madre incluso llamaba Athos a mi padre, porque hasta se parecían físicamente: delgado, alto, elegante, con bigote, frente despejada... Puestos a tener un interlocutor entre Alatriste y los mosqueteros de Dumas, Athos es el más interesante, el más adecuado. D'Artagnan es secundario en mi historia, y Porthos y Aramis también. Además, como ya conté en su día, mi padre escribió una vez un relato titulado *El caballero del jubón amarillo*, que se perdió cuando durante la Guerra Civil explotó una bomba en la casa de mis abuelos, y que usé como título del quinto alatriste. De ella mi padre solo recordaba el comienzo, que mencioné en *El club Dumas* y que ahora he trabajado como comienzo de *Misión en París*. Por todo el fondo de *Alatriste* está mi padre, porque fue el que me dio a leer *Los tres mosqueteros*, y con esta novela ese guiño familiar se cierra y se culmina.

**Athos y Alatriste se andan buscando las vueltas durante todo el libro en busca de poder batirse a gusto. Recuerda a Los duelistas, de Joseph Conrad.**

Puede, pero es una coincidencia, no es deliberado. Lo que sí quería era frustrar al lector con esas ganas del duelo definitivo, porque en la vida muchas veces las cosas no quedan cerradas y resueltas. Pero a pesar de todo, Athos y Alatriste encuentran un punto de complicidad, de reconocimiento mutuo, que a mí me interesaba. Sin querer sonar soberbio, creo que Dumas habría sonreído al leer esta parte.

**¿Hay aquí también un componente de clase para tener en cuenta?**

Alatriste es de clase humilde y Athos es aristócrata, con unos comportamientos nobles. Uno se bate a la española y otro a la francesa. Alatriste es un profesional, no se bate para quedar bien ante Tréville y sabe que por ahí, por las maneras y por la fama pública, le puede entrar a Athos. Alatriste ya se había negado a algo similar en Breda, y esta vez acepta porque le tocan un poco la moral, pero él no puede jugarse una estocada que no le va a beneficiar en nada y le puede perjudicar mucho.

**Conocidas características de Diego Alatriste como personaje son su paulatino cansancio y su lúcida amargura, provenientes de sus años de experiencias y su veteranía. Para el autor han pasado treinta años, pero para los personajes solo cinco. ¿Se nota esto?**

No, porque tampoco son ancianos todavía. El lector va a reconocer al Alatriste al que aprecia. En cada nueva misión aprendemos algo nosotros de la época, pero él también aprende cosas que no había visto antes, aunque ya no se sorprende de lo que ocurre. Junto a él, seguimos avanzando en el conocimiento de ese héroe cansado, de ese héroe amargo, y sobre todo de la tragedia de ser español en el XVII. Hay una cosa que me interesa mucho de este libro y que quiero subrayar, y es que se

dio una cosa muy curiosa: cuando salieron las primeras novelas hubo un ataque hacia Alatriste por sectores de la izquierda, incluso de gente que no las había leído. «Alabanza de la España imperial», que si los tercios, la grandeza, la gloria militar... Y yo tengo la seguridad de que son los libros en los que se dicen las cosas más amargas y duras sobre España. Pero después, a la mitad del recorrido, fue la ultraderecha la que empezó también a atacar a los alatristes. Y al final tengo los dos lados, la ultraizquierda diciendo que es un libro que alaba la España imperial y la ultraderecha diciendo que es un libro que denigra la España imperial. Es exactamente lo que yo quería. La España del XVII fue gloriosa y turbia, fascinante y terrible. Mi intención ha sido siempre que el lector se quede tanto con lo bueno de esa España, que fue mucho, como con lo malo, que no fue poco. Alatriste es hijo de esa época. Y por supuesto, mal pagado, ingratamente recompensado y maltratado por los nobles y los poderosos. Esa lectura social, política, moral de España viene de Quevedo. Quien me acuse de ser severo con España, que se lea a Quevedo, que es todavía más duro que yo, se burla más y ataca más. Alatriste bebe en Quevedo, es su fuente espiritual, es hijo suyo.

**Uno de los ganchos que tenía la saga desde el principio era Íñigo. Para atraer a la gente más joven, era un personaje de su edad, doce años al principio, los que tenía su hija, Carlota, que participó en las labores de documentación para el primer libro. ¿Cree que todavía hoy los lectores jóvenes pueden aprender algo del Íñigo de estas novelas?**

Corresponde a ellos decidirlo. Yo solo puedo ponerles estas historias delante, y que sean ellos quienes las aprovechen, o no. Yo soy un escritor. Yo cuento historias. Mi objetivo es ese. Yo no quiero hacer mejor el mundo. *Alatriste* lo escribí para mi hija, para que entendiera la dolorosa lucidez de ser español. Y lo conseguí. Mi hija comparte eso, y de hecho, me ayudó en ese libro a comprenderlo y a explicarlo. Que el lector saque conclusiones me parece muy bien, pero mi objetivo no es que el

lector entienda mejor el mundo, sino que me acompañe a conocerlo, que se venga de aventura conmigo. Yo no quiero educar al chico joven en la historia de España. Me alegro de que sirva para educarlo, y que profesores determinados utilicen mis libros, como lo hacen, para que sus alumnos aprendan sobre la historia de España. Pero educar no era mi objetivo, y sigue sin serlo.

***Cada libro de la saga, además de una misión que cumplir o de unas batallas que sobrevivir, tiene un tema dominante. ¿Misión en París tiene un tema destacado también, o eso es ya secundario?***

Sí, en cierta forma lo tiene: la relación de España con Francia, porque al final Francia será Rocroi. Francia es fundamental en la historia de Europa, y justamente es en este momento cuando el cardenal Richelieu y el conde-duque de Olivares están echando ese pulso europeo. Los dos son personajes muy interesantes. Es una pareja con la que Plutarco podría haber hecho unas *Vidas paralelas*, porque es apasionante. Tienes a un Richelieu frío, fino, calmado, con una visión amoral de la política, y tienes a un Olivares más impetuoso, pero al mismo tiempo más pasivo, más resignado, más fatalista, como cristiano. Por un lado Richelieu quiere que su rey

sea poderoso y sabe que Francia, rodeada de enemigos como está, debe ser fuerte y estar unida, y tiene un rey que le hace caso. Por el otro, Olivares tiene un rey abúlico pero que no se deja orientar mucho, dedicado a la caza, a las mujeres y a correr toros en la plaza Mayor, y al mismo tiempo tiene a una nobleza y un imperio muy difíciles de gobernar, porque hay cuestiones de fueros en la Corona de Aragón, en Andalucía, en Portugal... Son distintos, pero se respetan mucho mutuamente. España parecía unida, pero estaba falsamente unida, y justamente lo que está intentando Richelieu es conseguir la unidad política y religiosa de Francia, resolver la cuestión de los hugonotes, y después ocuparse de España. Podría haber ganado España esa lucha, pero la acabó ganando Francia. Es un momento en el cual se juega la hegemonía del futuro siglo en Europa.

***¿Cómo percibe personalmente, más allá del personaje de Dumas, al personaje histórico de Richelieu? ¿Un digno y ambicioso heredero del príncipe de Maquiavelo, como dicen algunas biografías?***

Richelieu era cardenal y usaba la religión para mantener sujeto a Luis XIII y para hacer frente a la nobleza protestante. Quería hacer una nación grande, mientras que el conde-duque de Olivares tenía que hacer un imperio grande. Y al final, por agotamiento, ganó Richelieu. Era demasiado peso, como habría dicho Porthos.

***¿Cómo ve el episodio histórico del asedio de La Rochela? ¿Era gente admirable que luchaba por sus ideas o fanáticos de un solo libro?***

Eran fanáticos, sin duda, pero cada uno puede ser lo que quiera. Se piense lo que se piense de ellos, La Rochela fue tal prodigio de valor y resistencia admirable y durísima que no se mató a sus líderes cuando acabó el cerco.

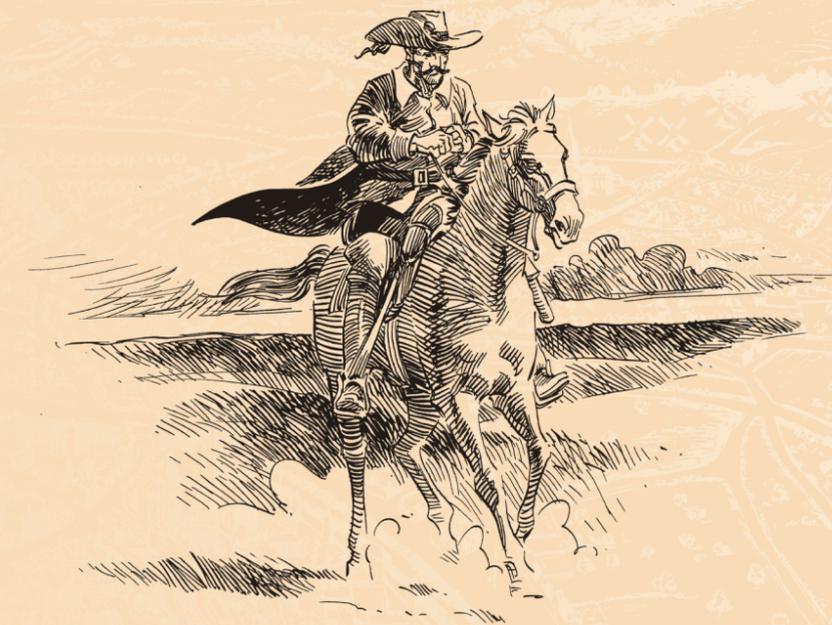
***París en toda su obra es muy importante. Probablemente sea la ciudad que más aparece en sus libros, desde***

***pequeños detalles hasta ser el escenario principal de novelas como Sabotaje, Hombres buenos, por no hablar de El club Dumas. ¿Qué significa París para usted?***

Muchas cosas. No fui a París por primera vez hasta los catorce o quince años, pero a mi padre le encantaba esa ciudad. Primero fueron *Los tres mosqueteros*, que leí con nueve años. Es decir, que París estaba muy presente en la conversación y en el folclore doméstico-cultural de mi casa. Por otra parte, mi formación es francesa. Aunque yo leí mucha literatura inglesa, mi lengua extranjera de pequeño era la francesa. Leo a Dickens o a Conrad, pero para mí son fundamentales Stendhal, Balzac, Féval, Eugenio Sue, Julio Verne... Y después, los ilustrados franceses son muy importantes en mi vida cuando los descubro: Voltaire, Rousseau, anteriormente Montaigne... En cuanto a mi cuna cultural y sentimental, aunque leo de todo, es mucho más potente la francesa. Además cuando voy a Francia me siento estimulado, con ganas de escribir, de ser novelista. París me inyecta una especie de optimismo creativo, me sugiere novelas o me confirma ideas que tengo en la cabeza. París tiene mucho peso cultural y sentimental en mi vida, y por eso es normal que aparezca con frecuencia en mis novelas.

***Se describe una París que era más ciudad incluso que Nápoles... pero que carecía del arte que florecía en Madrid. Es un contraste interesante, porque hoy en día, Prado aparte, y aun así, nadie pondría a Madrid por delante de París en lo artístico. ¿Era así?***

Yo no me había puesto a pensarlo así, pero eso lo decían autores franceses, que en París envidiaban la vida cultural de Madrid, y el teatro español fue imitado por todos: Molière, Corneille... Para darse cuenta, no hay más que poner en un panel los nombres culturales españoles y franceses de aquel siglo —pintores, autores, arquitectos, escultores...—. En otras cosas serían superiores los franceses, pero en esto no. Que París era más sucia también se decía. Y sobre la reputación de los soldados de ambos, era así como se veía, no me lo invento: los franceses muy feroces en ataque pero poco fondo al



defender, mientras que los españoles, siempre luchando lejos de casa, tenían una disciplina defensiva férrea.

***Desde que existe Falcó siempre quieren compararlo con Alatraste... y con usted.***

Son personajes de ficción, no se trata de parecerse o no. Es peligroso buscar al autor detrás de los personajes, aunque es cierto que nadie pone lo que no tiene, en cuanto a puntos de vista. Ninguno de ellos soy yo, pero de los dos, encuentro a Alatraste más próximo a mí. Hay cosas que hace Falcó que yo nunca haría, y hay cosas que Alatraste, puesto en su contexto y en su época, yo sí habría hecho.

***Alatraste e Íñigo se llevan la mayoría de los comentarios, pero usted siempre presta mucha atención a los secundarios, tanto escribiendo como leyendo o siendo espectador de cine o series. ¿Cuáles le parecen los más sobresalientes de las aventuras de Alatraste?***

Sebastián Copons me gusta mucho. Creo que es mi favorito, y además se basa en un personaje real de ahora,





pequeño, duro, seco, aragonés, que da igual si lo echan en el Sáhara, en la División Azul o en Tenochtitlán, y al que además homenajeé también en *Línea de fuego*. Muchos de mis secundarios se apoyan en algo real, no necesariamente personajes completos, pero sí detalles concretos de gente de todo tipo que conocí tras la vida que llevé. El personaje de Juan Tronera ilustra lo mismo: ¿qué hago, quedarme aquí sometido al noble o cura de turno, irme a una ciudad más grande donde acabar, como mucho, de paje, cochero o ayudante de barbero, o agarrar una espada, con lo cual ya valgo tanto como un rey, y buscarme la vida consiguiendo un botín en América o Flandes? Por eso se iba la gente de España por ahí fuera, por hambre. La grandeza es justamente esa mezcla de horror y épica. *Alatriste* es, no un homenaje, sino más bien un reconocimiento, una aproximación al lector de ese tipo de gente, sin la que no se explica lo que hicieron.

*En todas las novelas de la serie hay algún hecho histórico real, en este caso el asedio del puerto de La Rochela. ¿Son estos acontecimientos verdaderos una ayuda a la hora de escribir? ¿Solucionan el problema de qué contar u obstaculizan la inventiva?*

Me gusta que todas las novelas de *Alatriste* tengan un sustrato histórico, aunque no utilizo la Historia directamente. La conspiración contra el dogo de Venecia en *El puente de los Asesinos* no era esa en concreto, pero me inventé otra basada en ella. El combate de las bocas de Escanderlu en *Corsarios de Levante*, o la conspiración contra Felipe IV en *El caballero del jubón amarillo* también vinieron de ideas históricas en las que me apoyo para contar mi aventura. Me permiten usar personajes reales, como Saavedra Fajardo o Spínola, que vuelve a aparecer aquí, y eso me estimula. Mezclar a Richelieu con *Alatriste* o que la reina Ana de Austria reciba a Íñigo y Quevedo me gusta mucho.

*Los alatrístes se pueden dividir en «alatrístes de guerra» y «alatrístes de misión». ¿Cuáles le gusta más hacer? ¿Es más difícil escribir una batalla o una conspiración?*

Me lo paso tan bien con una intriga urbana como *El caballero del jubón amarillo* como con la guerra de *El sol de Breda*. La acción, sin embargo, me es más fácil que la no-acción. Me resulta más afín contar una batalla, un duelo, un combate, un abordaje, una encamisa nocturna que una reflexión tranquila o un diálogo entre dos personajes.

*Una cita suya es: «Me dije que bueno, para desengrasar y para jugar, voy a hacer una novela de aventuras». ¿Sigue viéndolo así?*

No, ya no. Ese divertimento, si alguna vez fue solo eso, pasó hace tiempo a ser algo mucho más importante. Mis editores de entonces son testigos de que yo pensaba que *Alatriste* no iba a vender gran cosa. ¿Una novela de aventuras, de espadachines, de un soldado de los tercios? Hoy ya estamos acostumbrados, y *Alatriste* lo puso de moda, y hay más autores y editoriales que se han ocupado de ese periodo, pero en aquel entonces nadie hablaba de ese tema en la literatura española.

*Uno de los factores del éxito de los alatrístes es la creación de un personaje que sale de las páginas impresas para permanecer en la memoria colectiva. Ese soldado ferozmente leal, cansado de batallas, siempre medio arruinado, que se busca la vida como puede con su espada pero siempre fiel a sus propios códigos. El compañero que uno querría tener en una trincheras o un duelo. Diego Alatriste y Tenorio ha superado incluso la saga que le dio vida. ¿Cómo es vivir acompañado de la sombra del capitán? ¿Es demasiado peso?*

Lo sería si lo tuviera demasiado en cuenta. Lo llevo como todo, forma parte de mi mochila, y en el caso de *Alatriste* me gusta que tantas personas sepan quién es y hasta que se hagan tatuajes —me han enseñado como treinta—. Que haya gente que diga de sí misma que «soy *Alatriste*».

*Cuando le quisieron proponer a usted para la Real Academia Española, Gregorio Salvador le preguntó: «Si yo le dijera que Alatriste es el único personaje de ficción del siglo XX con una entidad lo bastante grande como para ser reconocido en cualquier calle de España, ¿qué le diría a quien lo creó, si no fuera usted? ¿No merecería ese autor estar en la RAE?».*

Las dos primeras veces que me llamaron de la RAE dije que no, y esa tercera vez le dije a Salvador que yo estaba a mis cosas, en mi mundo, y que no me veía en la Academia. Y sí, ese fue el principal argumento con el que me convencieron. Ahí estoy ahora, y todos los lectores de *Alatriste* entraron conmigo.





ALFAGUARA



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[www.penguinlibros.com](http://www.penguinlibros.com)  
@PenguinLibros



Disponible  
audiolibro y ebook